

Diálogos Imaginarios

Prólogo.

La dialéctica como método para la búsqueda de conocimiento es sin lugar a dudas uno de los procedimientos más recurridos en la historia del pensamiento humano. Con ella es posible ensayar desde la lógica una confrontación de ideas que finalmente posibilita la validación o no de una forma nueva de pensar. Como tal, supone por tanto una herramienta adecuada para el estudio de las posibles relaciones que caben en el desarrollo y establecimiento de un cuerpo cognitivo. Comprobar como se mueve una idea entre varios planos de conocimiento y contrastar así su resistencia a mantenerse en el marco de una doctrina puede llegar a ser, paradójicamente, una forma más de evolución. Charles Darwin mantuvo con la comunidad científica esta clase de confrontación a lo largo de toda su obra, situación que ciento cincuenta años después se sigue manteniendo, en algunos momentos tan intensamente como entonces. Semejante acto da fe de lo profundo de su discurso.

El examen sistemático de determinadas creencias a través de diálogos representados en su forma literaria es un método fundamental en la filosofía Platónica. En este sentido el modelo dialéctico que Platón propone en su obra, se hace especialmente atractivo como herramienta para contrastar las numerosas hipótesis y corrientes que conforman una teoría como es la que nos lleva a la forma en que los seres vivos cambian y despliegan su diversidad. Con el fin de despejar la escena Darwinista de un contexto que a menudo aparece pletórico de personajes, cada uno de ellos con una perspectiva histórica, científica y filosófica marcadamente diferente, se ha querido buscar para su mejor entendimiento, la diáfana lógica de un sencillo dialogo imaginario, que bien pudieran haber tenido dos vecinos en el transcurso de un placentero paseo estival en el jardín de su casa.

En los alrededores de Downe, en Kent. 1861

I. El Jardín del Edén...

- C.D. ¡Mi querido John Lubbock!, ¿de donde salís con aire tan meditabundo?
- J.L. Me envía vuestra encantadora esposa para rogaros que no demoreis demasiado vuestro paseo; la tarde refresca y al parecer, últimamente trabajáis más de lo que convendría.
- C.D. Veo que traéis mi chaqueta.
- J.L. Aquí la tenéis. He prometido además que os la vería puesta.
- C.D. Fijaos, ¿veis donde empieza el sendero de arena?
- J.L. ¿Aquel montón de guijarros?
- C.D. Justo ahí. He adquirido la curiosa costumbre de contar con piedras las vueltas que doy a lo largo de mis paseos. Me temo que la dificultad de mis pesquisas a veces me hace olvidar el tiempo que paso en este jardín ordenando mis pensamientos; esto me ayuda a prevenirlo, aunque no siempre funciona.
Sí, es verdad que he tenido mucho trabajo. Como sabéis acaba de editarse la tercera revisión de *El origen*, con reseña histórica incluida y eso me ha dado mucho que pensar últimamente. Por si fuera poco, el buen tiempo de este año ha adelantado la floración de mis orquídeas y debo pasar gran parte de las mañanas trabajando en el invernadero. ¡Querido amigo!, os tengo que mostrar lo que he descubierto en estos últimos años sobre las estrategias de fertilización que tienen estas deliciosas flores; deberéis recordármelo, pues merece la pena.
- J.L. No dudéis que lo haré, pero disculpad mi insistencia y permitirme daros esta chaqueta que os traigo; la tarde ya está avanzada y os recuerdo que Emma os espera.
- C.D. Mi joven John, si Emma os envía con mi chaqueta, seguro que nos



permite dar juntos una vuelta más; por favor acompañadme y contadme que lamenta vuestra razón que tan pensativo os encuentro.

J.L Si así me lo pedís, será un placer...

II. La tentación...

J.L He de deciros que recientemente estuve en Dublín. Allí tuve la oportunidad de escuchar un interesante discurso sobre como hay que entender la concordancia que por lo general apreciamos en la estructura orgánica de todos los seres naturales; *Typos kai telos* tenía por título.

C.D ¿Y como entienden en Dublín *el tipo y propósito* de los sistemas naturales?

J.L Pues a decir verdad, me recordó bastante la visión *Paleyana* del mundo natural y su diseño inteligente. En particular aquello que trata sobre la búsqueda de adaptaciones exquisitas como camino para el reconocimiento de la naturaleza Divina, sus atributos e intenciones.

C.D ¡William Paley! No creo que nunca haya admirado tanto un libro como el de la *Teología Natural*. Antes, casi podía recitarlo de memoria.

J.L En esta ocasión se trata del reverendo James McCosh, de la nueva Iglesia Escocesa y ahora profesor de filosofía en el Queen's Collage, de Belfast. El reverendo opina que en todas las formas naturales residen dos principios fundamentales, en cierta forma contradictorios, que nos dan cuenta de la existencia y propósito de un Ser creador.

C.D ¿De que dos principios me habláis John?

J.L De un primer principio de orden, en cuyo plan o tipo general todos los seres vivos se conforman, y de un segundo principio particular por el cual todo organismo acomoda el modelo general al que pertenece, la situación que ocupa y el propósito que debe cumplir en este mundo.

C.D A mí me recuerda mucho los dos principios de mi propia argumentación: la *Unidad de tipo* y las *Condiciones de Existencia*. Claro que el propósito no lo puedo reconocer...

III. El pecado original...

J.L ¿Alguna vez os habéis preguntado como es realmente el mundo que nos rodea?

C.D He de confesar que en más de una ocasión.

J.L ¿Y qué pensáis de ello?

C.D Difícil es poder concretar sobre algo que tanto abarca, pero si algo tuviera que decir, sería sobre aquello que precisamente me llama más la atención.

J.L ¿Y que es ello que tanto asombro os causa?

C.D Que *Todo* se mueve, que *Todo* cambia y se transforma según su natural devenir.

J.L ¿Y no os habéis preguntado el porqué y la causa de tanta armonía y concierto?

C.D A decir verdad sí y he de confesar que mucho esfuerzo y razón hice hasta convencerme que detrás de cada hecho siempre hay una causa que mueve otra causa y su vez otra y así en eterna sucesión. Por tal razón concluí para bien de mi entendimiento que lo que finalmente conocemos por *Todo* no debe ser un cuerpo, ni la suma de muchas partes, ni tan siquiera el final de una cadena imposible de alcanzar. Más bien al contrario será un principio, una indeterminación que no necesita un *por qué*. Es lo que los presocráticos llamaban *ápeiron*, es el Dios de San Agustín y la *causa sui* que impulsa todas las demás en la *Ética* de Spinoza; es en definitiva un compromiso.

J.L Sin duda un hecho de tales características no admite porqué alguno y en este sentido tal vez tengáis razón, pero nunca me he sentido cómodo con este razonamiento. ¿Cómo podría limitar nuestra razón el *porqué* de las causas últimas, si acaso es lo que más anhela nuestro entendimiento?

C.D Aceptar que la razón tiene límites a la hora de abarcar *Todo* aquello que nos rodea, no debería suponer desazón alguna mi querido amigo.

J.L Pero, ¿entonces que nos aporta semejante juicio?

C.D Precisamente que la razón también está fragmentada en diferentes



modos de conocimiento, adecuados todos ellos al tipo de realidad que buscamos en cada ocasión.

J.L Entonces, ¿no podremos conocerlo *Todo*?

C.D ¿Cómo podría una parte conocer el *Todo*...?

J.L Perdonar mi torpeza si os vuelvo a preguntar: ¿Cómo conocer entonces realmente algo?

C.D Buscando paso a paso lo común que hay en cada una de las parcelas de nuestro entendimiento. ¿O tal vez pensáis que el mundo que veis delante vuestra desaparece cuando os dais la vuelta?

J.L Ciertamente no.

C.D ¿No une a caso la razón con ayuda del recuerdo, las piezas de nuestra experiencia, las analiza y coteja, extrayendo las concordancias y desavenencias que considera más oportunas, no las representa entonces para ver si son reales y de tal forma se mueven, guardando así la armonía del universo?

J.L Como negar una visión tan poética.

C.D Mi mentor en Cambridge afirmaba que la mente participa activamente en la génesis de todo conocimiento.

J.L Bueno..., Sr. William Whewell siempre ha tenido, igual que tenía Paley, una visión un tanto particular de cómo hay que entender el mundo natural.

C.D Y a pesar de ello, su conocimiento sobre la historia y la filosofía de la ciencia es realmente admirable.

J.L Sin duda alguna.

C.D En definitiva mi querido John, afirmar que un hecho natural o de cualquier otra índole es de una u otra manera por voluntad divina, poco o nada dice del hecho en cuestión y en cuanto a su voluntad y propósito, muy lejos parece quedar de nuestro entendimiento.

J.L Pues de ahí viene mi desasosiego.

C.D ¿De donde mi pequeño Lord Avebury?

J.L Mi querido Charles, no es cuestión de burla desterrar las viejas tradiciones, pues mi inquietud viene de la necesidad de dar respuesta al orden que a todos nos lleva.

C.D Nobles propósitos para un banquero.

J.L No os burléis más, os lo ruego.

C.D Más lejos de burlarme, ¡siento admiración!

J.L Decidme entonces cómo dar explicación al orden que nos rodea.

C.D Isaac Newton creía innecesario dudar de la causa explicativa de un orden descrito; sabiendo *como* cae un cuerpo, es ocioso preguntarse *por qué* cae... Como os he dicho, no me ocupo de las causas finales, que poco aportan debido a su lejanía, y a la hora de conocer el mundo inmediato que nos rodea, soy más afín a una filosofía experimental que a una filosofía natural más del estilo del Caballero Lamarck...

IV. *El mundo natural...*

C.D Particularmente prefiero la metodología baconiana y en este sentido siempre he intentado conducirme en la búsqueda escéptica de experiencias particulares, y de estas solo aquellas que pudieran ser validadas. Creo que es un aspecto fundamental a la hora de conocer con rigor científico el mundo natural. Con este precepto abrí en el año 1837 mi primer cuaderno de notas y sin teoría alguna recogí todos los hechos que a escala general pude encontrar y que de alguna manera estaban relacionados con la variación de animales y plantas tanto en domesticidad como en la misma naturaleza; la variación que subyace al modelo general y las causas particulares de adaptación a su entorno inmediato. ¡He ahí un hecho que sí precisaba de una causa eficiente!

Decidme, ¿cuál creéis entonces que pudiera ser la causa de tal variación: la estática visión de un diseño inteligente o aquella que antes dimos como cierta a la razón de nuestra común experiencia?

J.L ¿A cuál os referís?

C.D A la de que *Todo* se mueve, *Todo* cambia y se transforma según su natural devenir.

J.L Entonces a ésta me remito.



- C.D ¿Y no pudiera ser dicha variación una expresión de este movimiento?
- J.L Sí que pudiera ser.
- C.D ...¿y no os parecería más adecuado dar un nombre específico a esta forma de transmisión heredada en la que nos movemos todos los seres orgánicos?
- J.L A eso, bien lo sabéis, lo llamamos evolución.
- C.D ...¿Y no es cierto también que podremos ganar suficiente confianza en la evolución, reflexionando sobre las afinidades mutuas de los seres orgánicos, sus relaciones embriológicas, su distribución geográfica, su sucesión geológica y otros hechos susceptibles de estudio y validación?
- J.L Así lo creo.
- C.D Pues bien, para concluir como la evolución da lugar a todas y cada una de las maravillosas formas de las que somos testigos, debe ser necesario poder demostrar antes como se han modificado las innumerables especies que habitan este mundo, y comprender como adquieren esa perfección de estructura y esa coadaptación al medio que con tanta justicia causan nuestra admiración.
- J.L Entiendo.
- C.D Como os dije antes, mucho tiempo me llevó comprender que esta adaptación al modelo general de un diseño inteligente; revelador de la naturaleza de Dios, si bien mucho nos enseña de la bondad de nuestro creador, poco nos dice del hecho de la variación.
- J.L Ahora lo veo más claro.
- C.D Podréis verlo con mayor claridad cuando os diga que nosotros mismos podemos producir de forma artificial gran variedad de especies domésticas, útiles a nuestros propósitos.
- J.L Así lo vienen haciendo ganaderos y agricultores desde tiempo inmemorial.
- C.D Y no negaréis que esta naturaleza domesticada es fruto de una selección artificial que canaliza la propia capacidad que tienen los seres orgánicos para variar.
- J.L Bien podría ser que sí.
- C.D ¿Pensáis acaso que la capacidad de variar es un don otorgado por el hombre?
- J.L No lo creo.
- C.D Y tampoco nos ayuda mucho el saber como dijimos, que en última instancia viene de Dios.
- J.L Tampoco nos ayuda.
- C.D ¿Os parece entonces que aceptemos ya como un hecho constatado por la experiencia de tantos criadores, que los seres orgánicos tienen capacidad propia para variar y que tal es su forma de moverse en este mundo?
- J.L Aceptado queda.
- C.D Aceptaremos también que esta variación puede ser seleccionada de forma artificial.
- J.L Sin duda alguna.
- C.D Entonces si existe una *selección artificial* que selecciona variaciones ventajosas para el hombre, por analogía podremos pensar que también puede darse una *selección natural* que selecciona variantes ventajosas, en este caso para el propio organismo.
- J.L Bien pudiera ser, si supiéramos de que forma se establece dicha selección y en que criterio resultan o no ventajosas para el propio organismos.
- C.D Nos quedaría en primer lugar saber entonces cómo son seleccionadas dichas variantes.
- J.L Así es.
- C.D Debéis saber que en el caso de la selección artificial, las variaciones propias de los seres orgánicos deben ser fijadas en la herencia mediante una reproducción orientada que sigue recetas empíricas de control y apareamiento. Sólo así es posible acumular variaciones provechosas en la búsqueda de nueva razas domesticadas.
- J.L Pero... hoy por hoy, los mecanismos de la herencia nos son desconocidos.
- C.D Así parece y así de necesario y capital deberá ser el futuro entendimiento de estas leyes, pero mientras tanto tendremos que conformarnos.
- J.L ¿Cómo avanzar entonces?
- C.D ¿Habéis olvidado que puede resultar ocioso preguntarse el porqué de un hecho bien contrastado?



- J.L* Y casi lo hubiera hecho si no fuera por vuestro recuerdo.
- C.D* Y acaso pensáis después de todo lo dicho, que el origen de la variación natural, difiere del artificial o, dicho con otras palabras, ¿creéis que lo que ocurre en una granja o en un invernadero no es un acto de la naturaleza?
- J.L* En todos los casos es un acto natural.
- C.D* Recordad entonces que es posible obtener conocimiento de un hecho validado sin saber de todas sus causas y así, al reconocer como verdadero que la selección artificial es análoga a la selección natural en lo que se refiere a la elección de variantes ventajosas, útiles en un caso para el hombre, en otro beneficiosas para el propio ser orgánico, las dos cuestiones que hace un instante formulábamos se convierten en una sola; la de saber qué circunstancias deciden si una variante es ventajosa o no para el propio individuo.
- J.L* ¿Y cómo saberlo?
- C.D* Respondedme a lo que sigue: ¿de dónde escogen los criadores experimentados las variantes que potencialmente les parecen más provechosas?
- J.L* No entiendo a dónde queréis llegar.
- C.D* Hemos aceptado que la capacidad de variación es propia del ser orgánico y no del criador, que únicamente la elige.
- J.L* Así es.
- C.D* Y que todos los seres orgánicos tienen esta capacidad.
- J.L* Sí que la tienen.
- C.D* Por tanto el encuentro de una variedad inicial, potencialmente provechosa a los ojos del criador experto, debe ser un acto fortuito.
- J.L* Así lo parece.
- C.D* Sois muy buen matemático, así que no tendréis dificultad en decirme de qué depende que un suceso que cambia sea o no seleccionado en su conjunto.
- J.L* De una probabilidad.
- C.D* Pues fijaos bien en lo que os digo...
¿Qué tiene mayor probabilidad de ser fijado en la naturaleza de todo organismo sino aquellas variaciones que son más ventajosas para sus portadores y más beneficio les causa a la hora de transmitir dicha variación en la herencia, en contra de aquellas otras que por su perjuicio arruinan en mayor medida la supervivencia de su portador, ya sea en la naturaleza o en domesticidad?
- J.L* Las primeras aumentarán su representación y por tanto su esperanza de ser transmitidas, mientras que las otras correrán el riesgo de ser extinguidas.
- C.D* Y no creéis que esta capacidad de mantenerse en el seno de los equilibrios que en todas partes se dan, es una forma bastante adecuada de canalizar la aparición fortuita de variantes, en este caso beneficiosas para el individuo que las posee.
- J.L* Sí que lo parece.
- C.D* Pues bien, una vez confirmado que todos los seres orgánicos tienen una capacidad intrínseca de variación, que ésta puede ser transmitida y que en esas condiciones, las leyes de los números bastan para dar cuenta de la consolidación de cambios provechosos para el propio individuo; solo nos queda el tiempo.
- J.L* ¿El tiempo?.
- C.D* El vasto y dilatado periodo de tiempo que necesita esta minuciosa selección natural para generar el amplio y maravilloso periplo de especies que pueblan nuestro mundo...

Los dos hombres llegan al porche de una casa, dentro se escucha un piano y la luz amarilla de los candiles invita a entrar, sin embargo ambos se despiden con un abrazo. El más joven se aleja pensativo y el mayor entra cerrando cuidadosamente la puerta. Su voz resuena ronca, pero comfortable:

- C.D* ¡Querida: ya estoy en casa!...

